

# Agujero Negro

José Hugo Fernández  
Escritor y periodista  
La Habana, Cuba

Un prejuicio lo condenó a la infelicidad de por vida. Y otro prejuicio le da hoy de comer. Pintorescos que somos los seres humanos. O al menos así nos ve, mediante su filosofía de orilla, Rolando Garzón Puig, alias *Agujero Negro*.

Cuando pregunté por él, alguien dijo que no lo encontraría antes de la medianoche, pues en los horarios “normales” vive oculto en su cueva como una araña peluda. Algunos indicaron el parque de Línea y 11, o las cercanías de Línea y M, camino hacia la cascada del Hotel Nacional, en el Vedado. Me advirtieron que anduviese con pies de plomo, “porque el tipo es un dolor”. Pero a mí no me resultó doloroso, sino útil, a veces divertido, a veces amargo, siempre enriquecedor, el rato que estuve conversando con *Agujero Negro*.

Es negro, muy negro, con la cabeza amarilla, como el congri con calabaza, según su propio símil. Aparenta tener poco más de 20 años de edad, aunque realmente ya sobrepasó los 30. Es corpulento y recio, al punto que no consigue resultar orgánico dentro de su empaque feminoide, con short rojo, corto y ajustado, camiseta de color lila y sandalias de fino tejido, enormes y desparramadas como sus pies. Es un coloso

que reniega de serlo, porque “con ser negro y maricón tengo de sobra para que la policía no me dé respiro, así que peor será si encima constituyo una amenaza por mi figura”.

Quizá en prevención se le ve siempre solo, a diferencia de sus émulos, que cazan en bandadas. Es de pocos amigos o de ninguno, pero no es hostil con los demás: sólo los mantiene a raya. Puede ser desafiante o apaciguador, según sea el caso. Es bronco, pero no ruidoso. Parece haber recibido eficiente educación e instrucción, lo cual reafirma su peculiaridad dentro del grupo. Es deslenguado sin llegar a ser soez. Su manera de hablar, suave y despaciosa, no guarda proporción con su voz de trueno. Como sus ademanes no la guardan con sus músculos. Es un conversador de ágil mollera, cáustico y ocurrente. Afable, aunque desconfiado. Al menos conmigo lo fue todo el rato. Le guste o no, es punto de miras (no sólo por su estatura y por su cabello decolorado) entre los más codiciados pingüeros (prostitutos) del mercado del gozo para homosexuales extranjeros, sobre todo europeos, que vuelan hoy a La Habana, al parecer buscando materializar su nueva idealización de El Dorado en el entorno de la *Fuente del Deseo*, que es como suelen lla-

mar en el argot por estos días a la breve caída de agua que está ubicada en la esquina de Malecón y la Calle 23.

Justamente su éxito como producto turístico es lo que tenía en mente *Agujero Negro* cuando admitió que ahora se llena el estómago gracias a un prejuicio racial: “Los europeos prefieren a los negros para las maromas del sexo, no porque reconocan en nosotros singulares virtudes humanas. Eso es un cuento para dormir a los bobos. La verdad, por más que nos duela, tendríamos que buscarla respondiendo ciertas interrogantes que no nos planteamos con frecuencia, quizá porque a muchos ni siquiera nos conviene: ¿Cuánto han aportado la naturaleza y la tradición a nuestra fama de calentones y de superdotados para el sexo, y cuánto aporta la malicia racista de quienes nos ven como fuerza bruta, casi como animales, y que por ello nos acreditan potencialidades por encima del resto de las personas? ¿Cuánto veneno no destila esa supuesta preferencia?. ¿O es que no se les nota el aguijón colonialista? Y no sólo el de los europeos. ¿Acaso las instituciones turísticas de nuestro país no han puesto en vidriera al negro, vendiéndonos como producto exótico? ¿Y acaso a muchos de nosotros no nos gusta y hasta nos enorgullece esa fama esencialmente racista?”.

Con preguntas tales, que si bien fueron las primeras, no las últimas ni las únicas que lanzara durante nuestra charla, *Agujero Negro* presentó señales de su condición de grieta en esa especie de capa de ozono que representan, según él, el conservadurismo y la sumisión bajo los que vivimos hoy en Cuba.

## *El prejuicio como peso muerto*

Antes de ser un luchador de la calle, trabajaba como instructor de arte en una de las direcciones municipales de cultura. Y antes, mucho antes, fue un niño triste y un adolescente solitario, confundido, acorralado entre la incomprensión del padre y el sufrimiento de la madre. Para *Agujero Negro* el término prejuicio ha tenido siempre más capas que una col. Por más que se defienda —dice— termina envolviéndolo. Lo marcó desde su nacimiento. Y actúa como un ancla, un peso muerto que lo hala hacia el fondo.

“¿O es que no fue en mi propio hogar donde padecí el primer prejuicio, y el peor, porque iba a hacerme infeliz por el resto de la vida?”. Con su particular manera de lanzar afirmaciones contundentes entre signos de interrogación, se suelta a contarme que el padre lo rechazó, avergonzado, tan pronto salieron a flote, incluso a pesar suyo, sus inclinaciones homosexuales. El colmo, solía reprocharle, es que arriba de todas las suspicacias discriminatorias que debía enfrentar a diario la familia, por ser negra y marginada, él viniera a empeorar las cosas con su “problema”.

“Un maricón en mi casa —exclamaba el padre—, ¡qué deshonra, nada más nos faltaba!”. Aún se le arruga la frente al recordarlo. Y las pupilas le fulguran como peonías cuando vuelve a afirmar preguntando si es concebible algo más patético que un discriminado convertido en discriminador del fruto de su sangre. Sin embargo, se apresura a aclarar que no le guarda rencor. Todo lo contrario, admiraba su honradez y su laboriosidad.

Una de las mayores frustraciones de *Agujero Negro* es que su padre haya muerto sin haberle permitido acercársele lo suficiente para expresarle cuánto cariño y respeto (por tantos buenos ejemplos) le inspiró siempre. A pesar de que los caracoles de la santería afrocubana advierten que no se debe preguntar lo sabido, confiesa que no transcurre una sola noche sin que se pregunte que pensaría su padre si pudiera enterarse de que hoy es él quien alimenta a la familia con el dinero que gana, gracias a su estatus de negro maricón.

Le creamos o no, algo que a él le tiene sin cuidado (o es lo que me espeta en plena cara, mirándome fijo) es que nunca ha disfrutado el hecho de venderse. Aún más: dice detestar su oficio de pingüero. Y aunque se da cuenta de que esta confidencia muestra todos los visos de un pasaje de telenovela, se arriesga a declarar que, de haber tenido la oportunidad de ejercer su profesión decentemente, jamás habría contemplado los beneficios de la prostitución.

Hacia finales de los 90, *Agujero Negro*, que entonces se llamaba Rolando para la generalidad o Roly para los más íntimos, empezó a chocar con sus jefes en la dirección municipal de cultura. “¿Quién podía convencerme —sentencia otra vez, preguntando— de que era inteligente siquiera aquella aberración de limitar el alcance de nuestra cultura popular al remeneo de nalgas, a la edulcoración de los ritmos musicales y al empeño ridículo de convertir en mercancía nuestro espiritualismo, el de los negros, que atrae a los extranjeros, y no sólo a ellos, porque lo ven *chic*, no porque lo entiendan ni porque les llegue al corazón, sino en todo caso porque les asusta?”.

Habían sobrevenido tiempos de extrema menesterosidad, sin otros horizontes que el anochecer de cada día hambriento y desesperanzado. Resulta comprensible, mas no justificable, que en tales circunstancias le echaran mano a todo lo que les pareciera bueno para un posible remedio de urgencia.

Desde luego que la cultura popular de Cuba es mucho más que eso. Sin embargo, *Agujero Negro* considera que ni aun como remedio había sido atendida en las décadas anteriores. Al contrario, fue torpemente excluida, infravalorada, reprimida, como ilustra el ejemplo de la santería. “Pero he aquí que cuando el agua amenazaba con llegarles al cuello, la idea de expandir y encarecer metálicamente las opciones turísticas sacándole provecho al negro y a lo negro parece haberle funcionado a las autoridades como la clásica tabla en el naufragio. Pulularon entonces y pululan aún los espectáculos de cabaret, que son proclamados como exponentes del folclor nacional, pero que en realidad lucen tan absurdamente edulcorados como la harina con boniato envueltos en papel celofán. Pulula la basura fraudulenta de los artesanos y aun de los pintores y escultores folclóricos, y la de ciertos pretendidos expertos en nuestro sincretismo. De pronto, levantas una piedra y brotan legiones de etnólogos, antropólogos, folcloristas improvisados, pero con tarjetas de presentación y con el disfraz de rigor. Pululan los oráculos que no anuncian sino aquello que pueda engatusar a quien paga, y las academias de bailes que antes habían sido prohibidos (y hasta desalojados de los salones públicos), pero que de cualquier modo no son bailes

que puedan ser aprendidos por turistas patones de Europa, ya que sus auténticos ejecutantes nacieron con ellos como prolongación de las piernas; menos aún podrían ser impartidos en una academia, en tanto no se bailan únicamente con el cuerpo físico, sino además y sobre todo con el alma”.

Son calamidades que *Agujero Negro* podía comprender, aunque no aplaudir. Lo que sí le resultó excesivo es que lo obligasen a ser parte de la farsa, aceptando y, todavía más, validando profesionalmente aquel circo al que en vez de llamar por su nombre (negocio), pretendían vender como una revitalización sin precedentes de nuestras raíces culturales. “¿Será que el loco era yo o que era cosa de locos, que luego de pasarnos siglos luchando por imponer nuestra cultura y nuestras tradiciones, siglos enteros resistiéndonos a los patrones del colonialismo y de otras pestes impuestas por el poder, ocurría que en unos pocos años éramos nosotros mismos quienes estábamos adulterando y abaratando lo mejor de nuestro tesoro cultural para entregárselo hecho ripios al extranjero?”.

Como el loco no era él y lo tenía claro, proyectaba un cambio de empleo, pero le facilitaron el trámite dejándolo cesante de hoy para mañana. No le contrarió demasiado, me asegura. Se estaba acostumbrando al fracaso. Rolando Garzón había quedado libre de culpas aunque con los bolsillos y las tripas virados al revés, libre de no seguir reprimiendo su afeminamiento, ya que era menospreciado por los jefes. Libre para bajar la pendiente hacia *Agujero Negro*.

## *El optimismo era verde*

Sin trabajo ni oportunidades ni asideros, agobiado por todo tipo de carencia, se dedicó a luchar la calle. Cualquier ocupación furtiva le venía bien, con tal que le facilitara llevar a la casa el pan con chicharos por lo menos una vez cada día: desde alquilarse para transportar sobre sus hombros las más pesadas cargas, o pintar con brocha gorda, o destupir inodoros, hasta bañar perros o cuidar enfermos a título privado en los hospitales.

Estaba de lleno en la pendiente. Así que empezó a frecuentar por las noches los alrededores de la Terminal de Ferrocarriles y los parques El Curita y La Fraternidad, entre otros sitios de la furrumalla marginal (freakies, travestis, bisneros, gays de la perrería, putas baratas, alcohólicos, vagabundos, violadores, pajizos, mariguaneiros...), donde había vislumbrado un filón para agenciarse alguna que otra moneda, algún que otro placer, o los dos a un tiempo, juntos y revueltos. Tenía la certidumbre de que el peldaño inmediato inferior lo empujaría en una dirección sin marcha atrás: El Vedado, a la caza de los turistas extranjeros, bien fuera en predios de la agencia Fiat (Malecón), bien en la intersección de G y 23, o frente a la heladería Bim Bom en Infanta o en otros cotos siempre eventuales, en dependencia de los operativos de la policía.

Con un par de sus preguntas, que son afirmaciones duras y resolutorias, intenta resumirme por qué se mantuvo indeciso durante muchos meses antes de descender a pinguero, y por qué finalmente lo hizo, en abierta contradicción con sus antipatías

hacia el turista del exterior, no hacia todos, sino a los que visitan la Isla en busca de disipaciones canallescas que no están a su alcance en otros mercados, al menos no con tarifas tan bajas: “¿Por qué no me animaba a hacerlo, sino porque ello equivalía a defecarme sobre mis convicciones en materia cultural, sobre mis principios y aun sobre mis gustos personales?. ¿Por qué iba a dejar de hacerlo si era la mejor alternativa de supervivencia para mi madre y para mí, y además, convicciones y principios chapoteaban ya conmigo en el pantano de la miseria?”.

*Agujero Negro* insistió en dejar constancia de que no guarda recuerdos agradables de ninguno de los extranjeros con los que hasta hoy ha tenido relaciones íntimas. Se burla, con gracia mordaz, de su olor permanente a sobaco sin lavar. Le revienta la forma en que miran y tratan a los de su nuevo oficio, siempre a distancia y desde arriba, por mucho que les atraigan. “Es algo parecido al modo en que nosotros miramos a las focas cuando vamos de visita al acuario. ¿No será que se creen materialmente superiores porque son espiritualmente inferiores?”. Es su estilo: aseverar preguntando.

Sólo una vez no responde entre interrogantes uno de mis comentarios y prefiere opinar valiéndose del contenido de recientes declaraciones de uno de sus ídolos: el compositor y cantante Pablo Milanés. Cuando le dejé caer que quizás más temprano que tarde comenzarían a batir vientos de cambio en Cuba y que de hecho se empezaba a observar ya una nueva actitud oficial ante los homosexuales, *Agujero Negro* repuso, parafraseando a

Pablito, que en el Partido Comunista, que es el que lleva la sartén por el mango, aún no se admiten maricones, al menos declarados. Después retomaría su manera habitual para dar contestación a otra de mis observaciones: “¿Será que yo vivo en las nubes o que impulsar las operaciones de cirugía transexual aquí, un país en crisis donde todo falta, es algo parecido a esos espectáculos de cabaret que no representan, sino tergiversan la autenticidad de que hacen gala?. ¿Quién me garantiza que los políticos no nos están dando otra vez por el trasero con su manejo envolvente?”.

Menos confiado todavía se pronuncia *Agujero Negro* acerca del desvarío de las discriminaciones por motivos raciales. Asegura que, como en las vertientes sociales y económicas cada vez parece más inalcanzable la hora de declarar deshechos radicalmente los entuertos históricos, él se conformaría de momento con que “tanto los dueños del pastel como aquellos que vienen desde lejos a consumirlo pagando precios módicos, reconozcan de una vez que los negros, además de calientes para el sexo, singulares bailadores y músicos de excepción, somos fundadores de una civilización nueva y de una cultura nacional de síntesis que en nuestro caso está al nivel de cualquier otra gran cultura del planeta. Y no sólo en la variante popular, que aunque exhibe riquezas de verdadero privilegio no es el único aporte”.

Por lo demás, sostiene que su optimismo era verde y se lo comieron las bestias del prejuicio. Pero es posible que exagere. Nadie se hace el flaco favor a sí mismo de ser absolutamente pesimista.